



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 17 (2011)

EMILIA SERRANO, BARONESA DE WILSON, Y LA LITERATURA DE VIAJES: *MARAVILLAS AMERICANAS Y AMÉRICA Y SUS MUJERES*

Beatriz FERRÚS ANTÓN
(Universitat Autònoma de Barcelona)

Recibido: 29-09-2010 / Revisado: 24-01-2011
Aceptado: 19-02-2011 / Publicado: 24-10-2011

RESUMEN: Emilia Serrano, baronesa de Wilson, escritora granadina del XIX, pasó la mitad de su vida en América Latina, convirtiéndose en una buena conocedora del continente. Sus libros *Maravillas americanas y América y sus mujeres* trataron de dar cuenta de su experiencia, en un momento de notables cambios en las relaciones entre España y América Latina. Este artículo busca analizar la posición que ocupa Serrano en la literatura de viajes de su época, en un tiempo donde la mujer escritora se incorpora masivamente a este género, pero también el modo en que utiliza dos fórmulas narrativas distintas: el costumbrismo y la autobiografía para elaborar imaginariamente la mirada hacia su tierra de acogida.

PALABRAS CLAVE: Emilia Serrano, literatura de viajes, costumbrismo, autobiografía, estudios poscoloniales, América Latina, mito, mujer, feminismo.

EMILIA SERRANO, BARONESS OF WILSON, AND THE TRAVEL LITERATURE: *MARAVILLAS AMERICANAS AND AMÉRICA Y SUS MUJERES*

ABSTRACT: Emilia Serrano, a granadian writer of XIX century, spent half of her life in Latin America, becoming a good connoisseur of the entire continent. Her books *Maravillas americanas and America y sus mujeres* attempted to relate her experience, in a moment of remarkable changes in the relation between Spain and Latin America. This article tries to analyze Serrano's position within travel literature, in a time when women writers acceded massively to this genre, but also in the way that she used two narrative modes: literature on manners and autobiography to elaborate her imaginary perception of Serrano's adoption country.

KEYWORDS: Emilia Serrano, travel literature, literature of manners, autobiography, postcolonial studies, Latin America, woman, myth., feminism.

He vivido meses y años, siguiendo con febril entusiasmo las veredas, que sin duda recorrieron los primitivos pobladores del vastísimo territorio americano, intentando descender el denso velo de las remotas edades y reanudar las mágicas leyendas, las tradiciones de aquella superficie inmensa, tan imperfectamente conocida y que ofrece ancho campo a investigaciones siempre nuevas, siempre interesantes (Serrano de Wilson, 1970: 7).

Estas palabras, citadas en las primeras líneas de *Maravillas Americanas* (1910), sitúan a Emilia Serrano, baronesa de Wilson, o García de Tornell,¹ dentro de la nómina de grandes viajeros que hicieron del siglo XIX una época de redescubrimiento y de redefinición ideológica de América Latina.

Nacida en Granada, en 1833, explica en *América y sus mujeres* (1880) cómo desde muy niña sintió una poderosa atracción por el continente, surgida de las lecturas de la biblioteca familiar:

Los viajes de Colón, la Historia de las Indias, por el P. Las Casas, La Araucana, de Ercilla, y otras obras, fueron el origen de mi entusiasmo por América. Las escenas de la vida de los indios, descritas gráficamente; los descubrimientos y conquista, las batallas, las heroicidades de españoles y de indígenas, la lucha tenaz y justa de los hijos del Nuevo Mundo contra los invasores, me enajenaron hasta el punto de olvidarme de todo lo que no era leer, dándose el caso de renunciar á paseos y á otras (Serrano de Wilson, 1890: 12).

El referente de las crónicas, pero también la lectura de Humboldt y de los grandes viajeros científicos del XIX, la influirían a la hora de redactar un amplio listado de textos sobre Latinoamérica,² pero también motivarían su reflexión en torno a la unión entre los pueblos de habla española «tan estrecha, tan íntima, tan grande y útil para todos como inquebrantable» (Serrano de Wilson, 1897: 33), que después de los procesos de independencia se convertirá en un motivo común de indagación entre diferentes escritores españoles del periodo.

Esa misma biblioteca familiar y el ambiente intelectual en el que trascurrió su juventud la conducirían a ser una admiradora de los escritores románticos, tanto españoles, como europeos, que forjarían su gusto, dejando su huella en su obra. Esto, sumado a sus contactos con los ecos tardíos del romanticismo, vigentes en América Latina, la convierten en una escritora que, aunque desubicada en sus fechas, puede insertarse en el movimiento, tal y como explicaremos a lo largo de este trabajo. Tampoco debe olvidarse que muchas de sus obras fueron el resultado de un largo proceso de redacción que comenzó años antes de que fueran publicadas.

La baronesa de Wilson realizó su primer viaje a América Latina en 1865, en un momento de depresión personal, motivado por la pérdida de su marido y de su hija. Desde entonces, repetiría sus visitas, siempre durante largos periodos de tiempo, más de cinco veces. Para Carmen de Burgos:

¹ Emilia Serrano firmaría sus obras como «baronesa de Wilson» o «Serrano de García de Tornell», de manera alterna, según la costumbre de la época, utilizando los apellidos de sus dos maridos. Del primero de ellos enviudó siendo muy joven, pero su apellido había quedado unido a la firma literaria de la autora, por lo que nunca dejaría de utilizarlo.

² *La ley del progreso. Páginas de instrucción pública para los pueblos sud-americanos* (1880), *Una página en América. Apuntes de Guayaquil o Quito* (1880), *De Barcelona a México* (1891), *América en el fin de siglo* (1897), *El mundo literario americano* (1903). Entre éstos destacan especialmente los dedicados a mujeres que se han destacado por alguna razón en la época: *América y sus mujeres* (1890) y *Bocetos biográficos. Mujeres ilustres de América* (1899) etc.

Su labor no ha sido la del geógrafo o historiador teórico, que sólo se inspira en los escritos de otros autores. Ella... ha realizado peligrosos viajes, como el de remontar la corriente del Plata y hacer ascensiones de los ásperos flancos del Tandil, del Aconcagua, el Misti, el Chimborazo etc.... Ninguna mujer ha realizado jamás tan penosos trabajos ni abarcado empresa de tal magnitud... Por menos se han aplaudido viajes de francesas e inglesas, celebrando su esfuerzo en todos los tonos. Y esos viajes no han sido de turista, han sido de mujer estudiosa, laboriosa, que ha trabajado incansablemente (Burgos, 1911: 123).

Como indica la cita con la que abre este artículo, América Latina se presenta para Emilia Serrano como «ancho campo de investigación», donde hay que «descorrer el denso velo de las remotas edades, reanudar las mágicas leyendas». Es decir, no sólo se trata de mirar el continente desde los ojos escrutadores del científico, botánico, etnólogo o biólogo, sino de escuchar los relatos legendarios y míticos que configuran la textura americana. Desde aquí, la escritora granadina convierte su libro *Maravillas americanas* (1910) en el espacio de la escucha. Ahora bien, esta propuesta se completa con otro libro, que puede leerse en paralelo *América y sus mujeres* (1890), que, aunque publicado años antes relata una misma experiencia.³ Eso sí, con un programa narrativo distinto, ya que son las mujeres que habitan Latinoamérica, especialmente sus intelectuales, las protagonistas de este texto.

El objetivo de este artículo es tratar de dar cuenta de cómo la escritora granadina acepta el desafío de viajar y de contar en un momento histórico de re-configuración del orden mundial, pero también de re-escritura de los imaginarios que servían para sustentarlo.

Desde el siglo XVIII se oían en América Latina voces criollas que proclaman la independencia del imperio español. Lo que sólo era una intención en la centuria anterior acabaría materializándose durante el XIX. Los procesos de independencia supondrían la apertura del continente, blindado en los últimos tiempos del imperio, ante la mirada neoimperialista de británicos, franceses y norteamericanos. Esta apertura de fronteras estimularía la llegada de numerosos viajeros, pero también obligaría a las jóvenes naciones a redefinir sus relaciones con las nuevas potencias imperiales.

Asimismo, si las crónicas se habían convertido en el relato maestro desde el que inventar el referente «América Latina», las nuevas naciones reclamarían sus propios relatos; al tiempo que los «ojos imperiales» (Pratt, 1997) de visitantes extranjeros re-inventaban América Latina desde el discurso científico o mercantil:

Si los primeros descubridores y colonizadores se apropiaron de América Latina por medio del discurso jurídico, estos nuevos conquistadores lo hicieron con la ayuda del discurso científico, lo que les permitió volver a dar nombre (como si fuera la primera vez) a la flora y la fauna del Nuevo Mundo. Este discurso tenía su propia retórica, que difiere considerablemente de la que hoy en día identificamos como científica. Los viajeros escribieron narraciones en forma de diarios y relatos de viajes que no eran del todo ajenos a la literatura. En realidad, existía una complicidad promiscua entre literatura

³ Emilia Serrano recogió abundantes notas de sus viajes por América Latina, que no siempre publicó de manera inmediata. Como ella misma consigna en las páginas de *Maravillas americanas* este libro es el resultado de una composición elaborada a partir de éstas. Muchos de los episodios narrados en *Maravillas* son los mismos que se cuentan en *América y sus mujeres*. De ahí que este artículo ordene el análisis sin priorizar las fechas de publicación, pues lo que interesa es cómo ambos programas narrativos se completan.

y reportaje científico, que le hizo fácil a los escritores latinoamericanos asimilar estos textos (Echevarría, 1998: 142-143).

I. *MARAVILLAS AMERICANAS*: AUTOBIOGRAFÍA Y COSTUMBRISMO

El siglo XIX fue el gran siglo de los viajes: de exploración, mercantiles o de placer. Si el XVIII ya había comenzado a registrar este fenómeno, la gran revolución del transporte acortó las distancias y permitió a miles de viajeros sumarse a una moda que, desde entonces, no pararía de crecer.

En este contexto, las nuevas naciones latinoamericanas se convertirían en un destino muy atractivo para viajeros científicos, comerciantes o turistas. Así, aparecería toda una literatura dedicada a relatar y recrear estas experiencias. La literatura de viajes, en formato de diario, epistolario o libro de tradiciones y leyendas, se convirtió en una de las tendencias más significativas del siglo.

Muchas fueron las viajeras que se animarían a recorrer el mundo en solitario y a relatar su periplo.⁴ Pratt (1997) las llama «exploradoras sociales», ya que posan su mirada sobre las sociedades extranjeras y sus gentes, explican el papel social de sus mujeres o comentan acontecimientos históricos y políticos, prestando atención a pequeños detalles que los textos escritos por varones no consignan. La Historia se completa con historias.

Las mujeres, que decidieron escribir sobre sus viajes, lo harían por razones diversas, pero, en un buen número de ocasiones, se trataba de escritoras profesionales, que daban cuenta del fenómeno de incorporación masiva de la mujer al mundo de las letras, propio también del siglo. Emilia Serrano forma parte de una amplia nómina de escritoras que viajarían a América Latina y dejarían constancia escrita. Flora Tristán,⁵ Eva Canel o Fanny Calderón de la Barca,⁶ entre otras, escribieron diferentes relatos dando cuenta de su experiencia.

Aunque los moldes literarios de la literatura de viajes fueron diversos, sería el diario personal el formato que más habría de repetirse, dejando en segundo plano a los libros de tradiciones y leyendas. Eva Canel, contemporánea de la baronesa de Wilson y amiga personal de ésta, escribió *De América: Viajes, tradiciones y novelitas cortas* (1899), donde tradición y autobiografía tratan de combinarse, sin llegar a lograr un todo compacto. Emilia Serrano repite esta fórmula en *Maravillas americanas* (1910), que sí conseguirá aunar ambos géneros.

Así el yo de la viajera se convierte en el hilo conductor que guía al lector a través de México, Perú, Uruguay, Paraguay, Chile, Colombia etc., llegando, incluso, a Central Park. A lo largo de este recorrido no importa tanto el espacio que se visita, sino las historias que lo pueblan: «El papel de la leyenda es el de otorgar al paisaje una verdad que proviene del pasado, una carga poética que está ausente en la mera contemplación y que se sobrepone, mediante la evocación de otros tiempos, al prosaísmo científico del presente» (Cánovas, 2008: 16). El modelo costumbrista-romántico adquiere en la producción de la baronesa su propia fórmula.

4 A este respecto resultan muy esclarecedores los trabajos Mills (1991) y Hodgson (2006).

5 *Peregrinaciones de una paria* (1840) de Flora Tristán dará cuenta de las limitaciones a las que se enfrentaba una mujer en este tiempo. Tristán, casada con un marido abusivo, se ve obligada a viajar a Perú para tratar de reclamar una herencia que le permita subsistir con independencia y a la que jamás tendrá acceso al ser hija ilegítima.

6 *La vida en México durante una residencia de dos años en este país* (1843) da cuenta del viaje de la marquesa Calderón de la Barca como diplomática consorte. Su marido, embajador de España en México, el primero tras la independencia, se convertirá en símbolo de las nuevas relaciones entre las colonias y su antigua metrópoli.

América Latina, como espacio de la magia y de la revelación, ha sido re-imaginada en sucesivos relatos, que atraviesan su historia desde la misma fundación del referente, (el paraíso de Colón o el mundo del *Amadís* de Bernal), hasta llegar a formulaciones más complejas en la obra de Carpentier o de Gabriel García Márquez. El término «maravilla», no resulta casual en la obra de la escritora granadina, pero si conecta con esta tradición de lectura, también es cierto que le añade una direccionalidad propia: la del romanticismo. La maravilla que se desprenden de la arqueología americana no está tan alejada de la de la ruina española o inglesa. Si naturaleza y leyenda se encuentran: «Las ondas brillantadas que llegaban a romperse en franjas de espuma contra los cimientos del malecón, murmuraban tal vez leyendas desconocidas» (Serrano de Wilson, 1910: 10) su vínculo tampoco es ajeno en la tradición romántica. De la misma manera la naturaleza americana resulta sublime, como también lo es el Etna que se abre a los pies de Rene de Chateaubriand: «la admiración infinita, la sorpresa, la amargura de la pequeñez humana al compararla con lo gigantesco de la creación y, por último, el terror, el sobrecogimiento que domina al surcar en bote las ondas embravecidas» (Serrano de Wilson, 1910: 119).

Por tanto, la baronesa de Wilson escribe *Maravillas americanas* desde un programa concreto: «llevé adelante la práctica de mis bellos ideales en lo que se referían a desenterrar tradiciones, reconstruir civilizaciones y registrar históricas ruinas» (Serrano de Wilson, 1910: 117). Ahora bien, lo que va a resultar original en éste es cómo leyenda romántica y mito prehispánico se entrelazan, formando un continuum de sentido. «Exuberancia» y «maravilla», en tanto apelativos tópicos de «lo americano», se ven subrayados por la propia esencia del programa romántico, el mito prehispánico se convierte en la parábasis que revela la construcción que hay tras éste.

De esta manera, aunque es posible detectar un relato marco, donde Emilia Serrano se presenta como la viajera equipada con un maletín de estudio, que no duda en compararse con Humboldt, que muestra su asombro ante los países que descubre y las gentes que los pueblan, mientras traba amistad con muchos de sus compañeros de viaje, éste acaba por tener el mero valor de un hilván, que ayuda a sostener el verdadero sentido del relato: la recopilación de historias que dan vida literaria al territorio que se visita. La vocación de Wilson no es científica ni objetivista, sino literaria y novelesca.

Desde aquí, el grueso de historias que se consignan son historias de amor que se reagrupan en tres tipos:

a) Historias de cautivas, mujeres blancas que robadas por indígenas acaban viviendo un romance con ellos. La más paradigmática será la versión que se recoge de Lucía Miranda.⁷

b) Historias de amores mixtos, entre un hombre blanco, guerrero o navegante, que se enamora de una joven india. La tragedia o la fuerza del amor siempre se muestra en *Maravillas* a través del obstáculo del mestizaje amoroso; pero mientras que si la mujer es india y el hombre blanco la relación puede tener final feliz, (una versión particular de éstas sería la historia de la Malinche), no ocurre lo mismo a la inversa, el cautiverio implica violencia, y si es el amado el mestizo sólo son posibles:

⁷ Las historias de cautiverio, bien sean de varones o mujeres, están presentes en la literatura latinoamericana desde las mismas crónicas, pensemos, por ejemplo, en los *Naufrajos* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; pero cobrarán notable interés en el XIX como metáforas de mestizaje y de revisión de los orígenes, necesarias en la formación de las literaturas nacionales al servicio de las independencias. El caso de Lucía Miranda, mencionado en La Argentina manuscrita (1612) de Ruy Díaz de Guzmán, resulta paradigmático. Una mujer blanca, que viaja con su esposo en una expedición de conquista acaba siendo objeto del deseo de un cacique local, que provocará una masacre para poseerla. En el XIX la historia, como mito protonacional, recibió numerosas versiones literarias.

c) Historias de amor trágico, que suelen dar nombre a accidentes geográficos del territorio que se visita, como «el salto del fraile», que rinde homenaje a los amores entre un mulato y una mujer blanca, que se suicidan ante la imposibilidad social de lograr su unión en vida.⁸

No obstante, si Emilia Serrano lee América Latina desde el molde romántico occidental, adaptando su especificidad a una tónica literaria, también es cierto que, son varios los pasajes que eluden este corsé, promoviendo la sustitución de la leyenda por el mito, de la tradición occidental por la tradición prehispánica. Entre estos están los pasajes dedicados a la india Moyomea y a Manco Capac. La india Moyomea se exilia de su tribu para evitar contraer matrimonio con el hombre que ha escogido su padre, pues ella ama a otro, hasta aquí parece que nos encontramos ante una historia romántica más. Sin embargo, en su huida está a punto de perecer ahogada en una catarata, pero la salva un genio protector que habita en el agua y que le revela el secreto para curar la peste que asola a su tribu:

El genio protector la hizo comprender que una serpiente salía en cierta época del año y, emponzoñando el agua de los arroyos, esperaba el efecto del veneno para nutrirse con los cuerpos de las víctimas.

—Vuélveme al seno de mi familia y los salvaré.

El Dios la colocó sobre sus alas, y Moyomea salvó a su tribu, persuadiéndola abandonar el valle y fuese a refugiarse más cerca de las cataratas. Pero la serpiente siguió a los fugitivos para continuar su obra destructora.

Heno, el benéfico dios de los prados, aquel que prodigaba la lluvia y rocío para que la cosecha fuese abundante, protegía a la tribu, porque en ella vivía la india a quien salvó la vida.

—Perezca— dijo la serpiente, y el rayo hizo temblar los bosques y los cerros, pero la serpiente vivía aún.

Y arrojó otro y otro y muchos, hasta concluir con la vida del reptil (Serrano de Wilson, 1910: 176-177).

Moyomea triunfa sobre su destino al convertirse en una elegida espiritual, lo que le permite imponer su deseo y unirse al hombre que ama, pero su triunfo no procede de la «fuerza del amor», ni de cualquiera de los principios que mueven en el mundo del romanticismo, sino de una cosmogonía que cuenta con sus propias leyes y se pliega a ellas.

Otro ejemplo, lo constituye la versión que sobre la fundación del Cuzco por Manco-Capac recoge la autora:

Maravilloso por lo demás nos presenta la tradición a Manco-Capac, y varias son las leyendas populares muy diferentes entre sí. La más leída es aquella que presenta a Manco y a Mama Oclló saliendo de la isla Titicaca como esposos y hermanos a la vez y llevando la barrita de oro de media vara de largo, que el sol les había entregado diciéndoles:

—Golpead con ella en todos los sitios a donde llegareis y en aquel en que al primer golpe se hundiere, estableceos para dar allí principio a vuestras exhortaciones. Enseñaréis a los hombres el culto que me deben por los beneficios que

⁸ Aunque el mestizaje era valorado en tiempos de la independencia como proceso constitutivo de la identidad latinoamericana, este sólo es valorado positivamente si es el hombre, signo de la razón, quien es blanco. Por eso la unión de Lucía Miranda y Mangoré resulta sancionada.

diariamente derramo sobre la tierra, y la obediencia que os deben por ser mis hijos y porque vais para hacerlos dichosos.

La singular pareja llenó la misión que le estaba encomendada, y como en el cerro de Guanacaure desapareció al primer golpe de la barra de oro, manco fundó la primera ciudad, el Cuzco, comenzando allí su obra civilizadora (Serrano de Wilson, 1910: 132-133).

Se trata de una historia con todas las claves del relato cosmogónico, donde dos hermanos, elemento muy usual en este tipo de mitos, brotan del agua, madre nutria y cuentan con un objeto poderoso, la vara, que ha de servirles para fundar e iniciar una nueva tradición. Si la versión de Emilia Serrano está muy cercana a la del Inca Garcilaso de la Vega, autor que ella misma reconoce haber leído, lo interesante es el efecto de parábasis que el mito crea, pues frente a la leyenda romántica donde la especificidad americana queda anulada, el mito prehispánico desactiva la igualación yo/otro para contar desde la diferencia.

Un gesto similar puede apreciarse en las descripciones que sustentan el marco narrativo, puesto que si es el «monumento», en tanto marca de la memoria histórica, suele albergar un pasado imperial, también se encuentran las huellas del pasado prehispánico, el efecto parabásico es similar al del mito:

Sobre inmensas moles de granito descuellan hermosos jeroglíficos, campean animales, círculos, figuras de hombre, letras y otras varias demostraciones curiosas, trabajadas a cincel.

No cabe duda que se remontan a tiempos más apartados que los incásicos, a la remotísima edad en la que Tiahuanaco brillaba en todo su esplendor (Serrano de Wilson, 1910: 19).

La realidad americana, como realidad transculturada, de tiempos y herencias superpuestas, indisociables, se metaforiza en la visión imaginaria de Cuzco:

Allí como en el Cuzco, se perdía la imaginación, retrocedía, poblaba las ruinas y jardines y en vez de la soledad, del vacío y de la melancolía que inspiran los gigantescos vestigios de esos pueblos de la antigüedad, cuyo origen es más y más nebuloso a medida que pasa el tiempo, veíamos vagar las sombras de aquellos primitivos habitantes que protestaban contra la ley del más fuerte o del más hábil, por haberles arrebatado su independencia, usurpando sus territorios y sus tesoros (Serrano de Wilson, 1910: 16)

Las edades de la ciudad, la violencia sobre ella ejercida, marcan a fuego la identidad latinoamericana, haciendo de las historias que la relatan un espacio de tensión/distensión del yo y su otro. América Latina no se puede contar sólo desde el universalismo romántico. No hay un relato, sino relatos, entrecruzados, dispares, mezclados.

2. AMÉRICA Y SUS MUJERES

La distancia que media entre *Maravillas americanas* y *América y sus mujeres* viene marcada por el protagonismo del yo, pero también por el objeto de su mirada. El segundo de los libros gana en carnalidad y convierte la experiencia vital de Emilia Serrano en la clave del relato. Las tradiciones se sustituyen por conversaciones, con escritoras, historiadoras, políticas etc. La pieza arqueológica o la anécdota histórica dan paso a la biografía intelectual

tual, pero también a la cita. El diario de viaje puntúa el tránsito de uno a otro país visitado con versos y fragmentos de las autoras que lo habitan.

El yo que articula el relato se mueve en dos planos: el de la vivencia individual y la experiencia íntima, pero también el de la participación colectiva en un significativo plural «mujeres». Esta fórmula sería recogida por otras escritoras-viajeras del periodo como Clorinda Matto de Turner en *Viaje de recreo*.⁹

La vivencia individual es la de la propia experiencia del viaje, el asombro, el descubrimiento y las vicisitudes de la travesía adquieren aquí la presencia que faltaba en *Maravillas*:

El aspecto de los antiguos templos es imponente, majestuoso, á pesar de la destrucción. La atrevida elevación de las naves en San Francisco, aquellos pórticos tan tristes y solitarios, los gigantescos pilares, son objeto de general asombro. El coro es rico y bello, y molduras y tallados desafían todavía y luchan por conservarse; en techos y ventanas se ven mosaicos y pinturas de colores tan vivos, cual si obra fueran de la moderna generación, así como bellísimos artesonados. De grandiosas dimensiones se presentan el palacio del gobierno, la suntuosa catedral, que conserva molduras admirables y retablos de gran mérito artístico. En los notables restos del convento de las Capuchinas nótase una particularidad digna de mención: una de las bóvedas, que forma base del edificio, está sostenida por un pilar único, de tal solidez, que aparece cual gigante luchando con el tiempo y con los cataclismos terrestres (Serrano de Wilson, 1890: 376).

Ahora bien, ésta se verá complementada por el sentido de pertenencia a un grupo, de cuya existencia e importancia se quiere testimoniar. Las «redes de mujeres», que comparten anhelos intelectuales y reciben a otras viajeras, dándoles soporte intelectual y vital, serán una constante de la narrativa de viajes escrita por mujeres en el XIX. Así, éste puede ser considerado un libro feminista, de historia de la mujer, puesto que construye un archivo de nombres, no sólo del presente, sino también del pasado (Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre Castillo, la Malinche...), que demuestra la existencia de un linaje intelectual que no se puede ocultar.

Entre las biografías que se recogen, la autora presta atención especial a la de otras viajeras-escritoras, a modo de acto reivindicativo del género que se practica:

Eduarda Mansilla de García se casó en 1855, en lo más florido de su juventud, pues contaba diecisiete años, y acompañó á su marido, Manuel R. García, inteligente diplomático y escritor, en sus viajes por los principales centros de la civilización europea y los Estados Unidos del Norte de América, haciendo gran acopio de ideas hijas de las impresiones nuevas y propias para robustecer la privilegiada erudición, que sembró más tarde en novelas, en dramas, en artículos que deleitan por su naturalidad y por el colorido con que una imaginación de artista los ha iluminado. En 1882 publicó un tomo, *Recuerdos de viaje*; encontrábame en México cuando la casualidad lo puso en mis manos. Es una obra ingeniosa y amena, y que resulta una de las mejores de Eduarda Mansilla (Serrano de Wilson, 1890: 88).

⁹ Una de las variantes más comunes de la literatura de viajes escrita por mujeres en el XIX es aquella donde el objetivo del viaje es diseñar una red de contactos entre escritoras e intelectuales feministas. *América y sus mujeres*, pero también *Viaje de recreo*, como ejemplo más paradigmático, siguen este modelo.

Pero hay más, ya que no sólo se trata de rescatar nombres individuales, sino también de revisar el carácter construido de la propia categoría «mujer», en especial los prejuicios que la acompañan:

Creíase, y aun hoy en menor escala es idea arraigada, que la mujer nacida bajo el puro y bello cielo tropical no salía un momento de su indolencia ni se dedicaba á otra cosa que á fumar el cigarrillo medio acostada en su hamaca ó meciéndose en la fresca silla de bejuco, mientras que las cholos, indias ó negritas agitaban grandes abanicos de palma ó de preciosas plumas, para alejar el importuno mosquito y sostener agradable frescor (Serrano de Wilson, 1890: 32).

Una constante en los textos de viajeras será recorrer los modelos femeninos de las colecciones costumbristas¹⁰ para desmontarlos y revelar su falacia. Algo semejante ocurre con otros tópicos que afectan a los países que se visitan:

Algunos historiadores europeos niegan la civilización india y presentan todas las regiones americanas en la época de la conquista, como degradadas y salvajes. No es cierto; en ese caso habría que desmentir á los conquistadores Pizarro y Cortés, y pensar que tenían imaginación demasiado fácil de alucinarse cuando expresaban en sus cartas á los monarcas españoles no haber visto nada tan maravilloso como los palacios de Motezuma y de Atahualpa: nada que pudiese compararse á las riquezas y grandiosidades de los templos (Serrano de Wilson, 1890: 246).

Si de algo se ocupa el libro de Emilia Serrano es de reivindicar la riqueza, diversidad y poder intelectual del continente, pero también la comunidad imaginaria, la «unión de los países hispanos», que se encuentra trabada por «sus» mujeres.

3. TEXTURAS

Emilia Serrano de Wilson, igual que Eva Canel, y otras viajeras españolas del periodo, hicieron de sus libros de viajes y de tradiciones una reflexión sobre la «unión iberoamericana» o «unión de los pueblos de habla española». Aunque la posición de la escritora granadina es mucho menos conservadora que la de otras de sus coetáneas, pues su educación cosmopolita, (se había criado en Francia y conocía desde su juventud un buen número de culturas diversas) y la vivencia directa de muchos de los procesos de independencia, la prepararon para abordar la revisión de la relación España/Latinoamérica, la redefinición identitaria y la reinención ideológica derivadas de la independencia suponen un desafío para su narrativa, que abordará de manera diversa en sus distintas obras sobre el continente. No es este el lugar para analizar todas y cada una de estas estrategias, simplemente me limitaré a resumir lo hasta aquí expuesto. *Maravillas americanas* se inserta dentro de la literatura de viajes del XIX, como una variante del género, aquella constituida por los libros de tradiciones y costumbres de clara inspiración romántica, donde el yo que viaja no relata su periplo prestando atención a la descripción del espacio visitado y sus peripecias, sino recogiendo las historias que lo pueblan. Tres son los intertextos fundamentales del relato de Wilson: las crónicas, de las que se confiesa asidua lectora, los libros de los

¹⁰ En la época fueron muchas las colecciones costumbristas que se dedicaron a retratar «tipos» de mujer, el imaginario del XIX está determinado, en ocasiones, por la tónica de las mismas. Muchas escritoras feministas desmontaron estos tópicos, que entendían opacaban la riqueza de la condición femenina y crearon sus propias colecciones alternativas o, como en el caso de Wilson, aludieron a ellos en sus escritos para demostrar su falacia.

viajeros científicos, ella misma se compara con Humboldt, y el romanticismo francés, que conoce de primera mano.¹¹ Sea como fuere, tomando uno u otro modelo, el efecto es el mismo: imaginar a América Latina desde una exterioridad colonial o neocolonial, que la significa como «maravilla» o que anula su singularidad bajo el universalismo romántico.

No obstante, el texto de Emilia Serrano está surcado de parábasis, aquellas que dan entrada a la realidad prehispánica, sea a través del mito o del resto arqueológico, revelando la falacia del monologismo del relato, la complejidad identitaria del territorio visitado, pero también del yo desde el que se cuenta.

Este mismo yo ganará en carnalidad y presencia en *América y sus mujeres*, otra curiosa variante de la literatura de viajes, donde si la vivencia individual del periplo adquiere mayor relevancia, ésta queda supeditada a una experiencia colectiva, la del plural «mujeres», del que se participa, pero siempre de manera auto-reflexiva. El texto insiste en el permanente desajuste entre el deber ser mujer y el querer ser mujer, descubriendo las trampas de la categoría «Mujer», tratando de promover su inestabilidad.

Pero hay más, pues al resquebrajar la tópica, muchas veces costumbrista, desde la que se imagina a la mujer americana, se genera un efecto desestabilizador, que acaba por exhibir el «orientalismo» desde el que occidente ha «inventado» a América Latina. América y sus mujeres constituye una denuncia de cómo el Poder construye sujetos y subalternidades, de cómo genera relatos identitarios fuertes que deben volver a ser pensados. La obra de Emilia Serrano acepta este desafío, viajar y mirar se convierte en el detonante que permite volver a pensar.

BIBLIOGRAFÍA

- BURGOS, Carmen (1911), «Granadinos olvidados. La baronesa de Wilson», *La Alhambra*, XIV, nº 313, 31 de Marzo.
- CÁNOVAS, Germán (2008), «El marco narrativo en las leyendas de Víctor Balaguer» en Montserrat Amores, *Estudios del cuento español del siglo XIX*, Madrid, Editorial Academia del Hispanismo.
- GÓNZALEZ ECHEVARRÍA, Roberto (2000), *Mito y archivo*, México, FCE.
- HOGSON, Barbara (2006), *Señoras sin fronteras. Las mujeres y la aventura*, Barcelona, Lumen.
- SERRANO DE WILSON, Emilia (1890), *América y sus mujeres*, Barcelona, Fidel Giro.
- (1910), *Maravillas americanas*, Barcelona, Maucci.
- PRATT, Mary Louise (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- SIMÓN, Carmen (2008), «Vivir de la literatura. Los inicios de la escritora profesional» en Pura Fernández y Marie Linda Ortega, *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC.
- STRATTA, Isabel (1994), «Viajeros intertextuales» en Mabel Moraña (ed.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Rosario, UNR.

¹¹ Se educó con Lamartine y Dumas, amigos de su familia, cuyos textos traduce y que colaboraron con ella en diversas empresas periodísticas.